Año VI La Plata, 2ª quincena de Diciembre de 1923 Núm. 111

# IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

## Menéndez Behety

Cuando los primeros ecos de la tragedia patagónica sonaron a protesta y pelea, denunciamos al mismo tiempo que el sanguinarismo del gobierno y del ejército patrio, la ambición—no contenida ante nada ni nadie,—de los dueños de la enorme planicie del sud, señores de vidas y haciendas que sembraron de cadáveres de hermanos nuestros, la tierra que sus víctimas fecundaran en cruentas jornadas de labor contra el suelo yermo, el clima exterminador y los hombres despiadados. Ahora el pasquinismo burgués se horroriza por la usurpación que los Menéndez Behety han consumado en la zona de Santa Cruz, San Julián, Cabo Blanco y Puerto Deseado, lugares de ingrata recordación para todos aquellos en quienes todavía vive, con el deseo del rescate la memoria de los parias caídos en holocausto de ese ogro nunca satisfecho que se llama Capitalismo.

Al correr del tiempo surge la verdad, desvaneciendo la leyenda de los bandoleros de Santa Cruz. Los terratenientes, las ideas de dominación, millones sobre millones, mucha sangre proletaria; buscad en todas estas aberraciones, hijas de la propiedad privada, las causas del martirio de 1.500 hombres, la acción vindicadora de Wilckens, la razón de lucha de los anarquistas.

## Gimnasia revolucionaria

Nos entusiasmamos a veces demasiado con algunas palabras en mucha boga, sobre todo con aquellas que expresan menos verdad o menos pensamiento y contribuímos a su circulación mentándolas a cada instante, sin consultarnos previamente respecto a su significación de cosa viva, a su evidente valor de realidad. Tal sucede, por ejemplo, con las palabras «gimnasia revolucionaria,» referidas al movimiento económico, solidario o más o menos subversivo del proletariado organizado.

La gimnasia, cualquiera sea ella, que es una función metódica, sistemática, con vistas a una finalidad claramente objetivada, a un propósito perfectamente determinado, nos enseña a regularizar los movimientos, los actos o las acciones, poniéndolos en armonía unos con otros, relacionándolos, asociándolos, precisándolos con justeza cada vez más acabada, progresándolos en fin, con miras a lo ulterior, al resultado que nos hayamos propuesto conseguir.

Toda gimnasia, pues, es una sucesión de hechos o normas desarrollados progresivamente y registrados con minuciosidad e inteligencia, cuya historia o cuya consignación nos servirán para librarnos de tanteos inútiles, de tácticas o prácticas dañosas y hasta de errores sino funestos siempre, defraudadores por lo menos del nunca bien justipreciado tiempo.

La titulada gimnasia revolucionaria mencionada, no participa de ninguno de estos caracteres. El movimiento económico del proletariado, que es hijo de las circunstancias económicas sociales, carece en si mismo de finalidad; no tiene propósitos mediatos, no es sistemático sino contingente y toda su actividad se circunscribe a lo próximo, desapareciendo en cuanto lo alcanza o en la derrota.

Para poder tener en realidad el valor de gimnasia que con tanta generosidad y tan inconsultamente se le concede, debería por lo menos el movimento obrero encarnar por si mismo un objetivo extracircunstancial, como el que aspiran a fijarle las diversas tendéncias o doctrinas revolucionarias que lo influencian. De esta manera comprenderíamos todos, con claridad meridiana, que al encarar una lucha cualquiera los trabajadores, sólo eran guiados al propio tiempo que por la necesidad de defenderse, por el afán consciente de adiestrarse, de ejercitarse, de prepararse para la batalla definitiva.

Vemos en los hechos que ésto no es así, que no preside tal espíritu en los combates del proletariado. Las asociaciones obreras, no importa sus declaraciones constituyentes más doctrinariamente radicales, son asociaciones de simples apetitos personales, particulares o privados. Sólo con el cebo de las mejoras económicas se consigue atraer a los trabajadores; sólo tras ese cebo se lanzan frecuentemente a la pelea. Lo excepcional confirma lo general. Es de ahí que las derrotas, más que enseñarles a persistir, más que tornarlos veteranos como a los soldados de los ejércitos en guerra, más que llenarlos de ansias de desquite, les sirvan para acobardarlos, para reducirlos, hasta para aplastarlos por mucho tiempo. Y no hablemos de los que abominan de sus asociaciones después de la derrota, ni del inmenso número de proletarios cuyo único sueño gira en torno al deseo de poder algún día ser también burgueses.

La titulada gimnasia revolucionaria (que para nosotros consiste en una sistemática y objetiva función consciente, aun exclusivamente determinada por causas económicas) no le ha enseñado nada al proletariado. Este continúa prestándose sin rebeldías trascendentales, a toda clase de explotaciones, obedeciendo sin chistar a las inspiraciones de sus caudillos y de sus secretarías, y sufriendo los males con que le obsequia el Estado de vez en cuando, en beneficio de los que lo explotan.

Esos titulados gimnastas no pudieron impedir la guerra que ensangrentó hace poco a Europa entera. No pudieron tampoco impedir las dictaduras de la post-guerra que los mantienen aplastados. ¿Impedirán la tragedia que ahora se incuba en toda Sudamérica?

No nos ilusionemos con palabras de sentido figurado, haciendo cuestión por ellas y elevando a importante cuestión social lo que apenas si en cierto modo es un aspecto de ésta y tiene más de apetitos personales que de revelaciones de conciencia. Aprovechemos todos los instantes para hacer con palabras de sentido recto, el patético cuadro de tragedias de la sociedad moderna, sin discursos vanos, sin charla huera, sin amenazas ni conminaciones detonantes, infundiendo en el ánimo de los que nos escuchen el convencimiento de que sus males no tendrán nunca solución en el medio que hemos alcanzado. Tratemos de hacer de cada hombre un luchador por misión propia y no por circunstancias transitorias, cualquiera sea la posición que ocupe en la sociedad. Y dejemos para el después de la revolución, el averiguar si en el orden de los desarrollos fué primero el huevo o la gallina.

Todo ésto es mucho mejor y vale mucho más que pasarse horas enteras mano sobre mano, enfrascados en discusiones alrededor de la violencia o del vuelo de las tortugas.

I. D. F.

## El vicio de la propiedad

El cargo más grande que podemos hacer a esta sociedad de infamias y de mentiras, el cargo que los resume todos, es que ella degenera a los hombres.

No bien entran éstos en la vida, y mucho antes todavía, ella les agarra en su implacable engranaje y allí les hace rodar, los tritura, los deforma y convertidos en informe masa plástica los encaja luego en moldes tortuosos, definitivos, a cuyas formas se adaptan y permanecen así hasta el fin de su existencia.

Por eso se advierte esa pesada y estúpida uniformidad en casi todos los individuos. Conocéis a uno y conocéis cien mil: las mismas preocupaciones, los mismos vicios, las mismas torpes virtudes que son peores que los vicios.

Y hablando de virtudes que son vicios o de vicios que son virtudes para el vulgo, debemos ocuparnos del más arriagado y universal, que pesa como una maldición sobre la vida: el vicio de la propiedad y sus derivados.

Desde muy pequeño se enseña al hombre a amar la propiedad, a perseguirla con tozuda pasión, a supeditar a esta pasión todos sus demás sentimientos. Todo eso que ves ahí, te pertenece—se dice al hijo del potentado. Cuando seas hombre lo tendrás en tus manos y podrás manejarlo a tu gusto; pero es preciso que te cuides de conservarlo y más que de conservarlo, de aumentarlo sin fin. Hay en el mundo muchas riquezas y tú debes apoderarte de la mayor cantidad posible. Despilfarra lo que quieras, pero acumula más, siempre más. Ese es un modo de ser grande.

Y aparece el tipo insaciable, sin escrúpulos, sin corazón. Despoja a sus propios hermanos, engaña a los amigos, negocia con el amor, especula, estafa, falsifica documentos, envenena la leche de los niños, provoca una guerra o una peste y comete mil atrocidades más. Y sólo para acaparar, para acumular más y más propiedades de las cuales no gozará sino una mínima parte, mientras las substrae al goce de una inmensa muchedumbre de indigentes.

Sin embargo el individuo que padece esa vesánica pasión, esa funesta manía de apoderarse de todos los bienes y ponerles su cuño, es el más respetado y venerado por la sociedad. Se le considera como el hombre perfecto, ejemplo y patrón de existencias.

Para nosotros no es más que un ser enfermo, corrompido por el engranaje social, que señala un principio de profunda degeneración humana.

Más no se crea que sea éste solo quien la ostenta. Hay una infinidad de tipos más, que aun nacidos en la pobreza, debatiéndose continuamente en ella, sufren esa avasalladora pasión o ese *vicio* de la propiedad que los absorbe y aniquila por entero.

No hablaremos ya de esa legión de pequeños burgueses, de pequeños comerciantes, cuya proverbial codicia y sed de lucro han sido justamente lapidados en numerosas novelas y comedias, y cuyas repulsivas figuras aparecen descriptas magistralmente por Daudet, Zola, Chejov, etc. La miseria moral de esos tipos es la que más salta a la vista.

Pero el repugnante *propietarismo,* todavía tiene muchas formas más de denunciarse. Se manifiesta en la actitud del mísero esclavo de la tierra que recoge y guarda su escaso fruto con el mismo celo egoísta con que el gran potentado llena sus inmensos depósitos, mezquinando un bocado a su hermano hambriento. Es la misma pasión, la propia furia.

Se manifiesta también en esa ridícula costumbre, llamada virtud del ahorro. Sobre todo en el ahorro de los pobres, de esos que apenas tienen para mal vivir, y que aun de eso poco se privan, reducen a lo irrisorio sus necesidades y guardan monedas, juntan dinero. ¿Puede darse nada más torpe? Contar los bocados de pan, sufrir el aguijón de deseos insatisfechos, pasar mil calamidades, pero economizar. Y los que así proceden tienen tanto orgullo de sus centavos guardados como el gran burgués de sus millones.

Llega a ser tan poderoso el afán de ser dueños, de ser propietarios de algo, que los que no tienen dinero ni pueden ahorrar, se envanecen de ser, por ejemplo, los «dueños» de un puesto determinado, un empleo o colocación sobre el cual creen tener exclusivos derechos y a él se aferran desesperadamente. Si un can tuviera parecidos sentimientos, estaría orgulloso de su collar.

Hay quienes hasta fincan sus derechos de propietarios en la posesión de una mujer...

Y finalmente, es tal la influencia corrosiva y contagiosa del vicio de la propiedad, que hasta invade a veces nuestro propio campo anarquista. Y aparecen «dueños» de nuestra propaganda. Gente que quiere monopolizar o contralorear los esfuerzos de todos. Que se imagina ser ésta, nuestra lucha, una cuestión de ganar gloria o laureles, ya que no centavos, y quieren apuntarse toda entera esa gloria y guardarse esos laureles, legando su nombre a la posteridad, clavado en el fronstispicio de nuestras hojas e instituciones de propaganda ¡Pobre gente!

Despojémonos de todo, camaradas. No guardemos ni conservemos nada para nosotros. Eso sería torpe, ruin o malvado. Hay que darlo todo, esparcirlo todo a los cuatro vientos para que la humanidad lo recoja.

No seamos propietarios de nada, amigos. ¡Por nada en el mundo!

J. PRINCE.

## Desde Ecuador

Guayaquil, octubre 5 de 1923.

Compañeros de «Ideas»

Salud!

Antes de ahora he querido dirigirme a Vds., pero las circunstancias por la que he atravesado me han impedido hacerlo. Mi silencio desde hace cerca de un año, merece explicación. No sé si ha llegado al conocimiento de Vds, noticias acerca del movimiento obrero realizado en Noviembre del año pasado en esta ciudad, el cual movimiento asumió caracteres verdaderamente revolucionarios y una extensión tan grande como nunca se ha visto en este país. Dicho movimiento que constituyó una amenaza para el capitalismo de esta región, fué ahogado en sangre mediante la más cruel e implacable masacre que dió como resultado *ochocientos* compañeros muertos y un sinnúmero de heridos. El Capitalismo y el Estado, su defensor, han triunfado en toda la línea. Todos los horrores imaginables, todas las torturas concebibles por cerebros criminales, hemos soportado en este trágico año. El horrible delito de aspirar a un mejor orden social y buscar la manera de hacer menos dolorosa la vida actual, ha sido castigado de modo cruel, tiránico e inexorable.

Hoy nos hallamos reducidos a la impotencia. Los que sobrevivimos a la horrenda catástrofe del quince de Noviembre de 1922, estamos sufriendo la persecución más encarnizada en relación directa con las actividades que hemos desplegado para or-

ganizar al proletariado ecuatoriano. El grupo de compañeros que desde hace tres años hemos encarado la solución del problema obrero, ha sido batido en la forma más cobarde e inmisericorde. Más de dos meses hemos guardado prisión en las cárceles de esta ciudad, sujetos desde luego, a los vejámenes inherentes a esta situación. Pero no por esto hemos dejado de luchar, y, desde la prisión donde nos hallábamos, activamos la lucha, determinando una creciente agitación. Mas, como era lógico, el gobierno resolvió anularnos y así, en Febrero de este año fuimos confinados al norte de la república, sin que valieran las protestas ni las gestiones que hicieron los compañeros para impedir esta injusticia. No necesito referirme a este largo destierro; sólo debo manifestarles que después de seis meses de ostracismo hemos regresado a Guayaquil a seguir soportando la persecución y a sobrellevar una vida de miseria a causa de haber sido rigurosamente boycoteados.

Esta es la primera vez que después del movimiento obrero puedo dirigirme a Vds. Lo hago lleno de gozo, porque he de manifestarles que los sufrimientos soportados durante un año entero, nos han fortalecido en nuestras convicciones, acerando nuestra voluntad para seguir por el sendero de la Lucha Social que emancipará al proletariado mundial.

LUIS MALDONADO E.

# Epistolarias

### De Felipe Daudet a León Daudet

Señor:

«Misterio terrible. Vd. me ha dado al mundo; por lo menos todos los hechos lo afirman; y no puedo llamarlo padre. ¿Sabe?, siento sangre roja, cálida, regar vertiginosa mis venas y cuando recuerdo que Vd. ha volcado sus savias en mi madre, me estremezco, tiembla toda mi carne joven, que creo contaminada de sus carroñas, infecta por sus virulencias, tarada por todos sus males. ¡Oh, señor, su solo nombre me espanta! Y le odio; por mi vida que Vd. destruyó para siempre, por la vida de los demás que Vd. siempre ha tenido en menos. ¡Oh, si Vd. supiera! En ésta casa, tras éstos muros, bajo su mismo techo, aquí donde todo es grave, ritual, arcaico, donde todo es tan frío, tan sin sentimientos como la materia inerte, en su misma casa, sí, se agita el pensamiento de un niño, ¡triste lirio, pureza en la charca y fragilidad en el aluvión! que, piído de pichón en el nido abandonado, grita a la vida, quiere volar y ¡horrorizaos, señor! es anarquista.

Un día en que a fuerza de molestaros consentisteis en que saliera a paseo junto a otros señores, ceñudos, pomposos y parlanchines, yo marchaba detrás, cuando al doblar una esquina despertó mi atención una mujer haraposa, que con dos niñitos de pecho en sus faldas, imploraba caridad. Le alargué los centavos de mis dulces. Dos hombres hoscos, obreros quizás, me miraban interesados, cuando, vuelto en mi, quise ir a vuestro encuentro.

—Caritativo el burguesito—dijo despectivamente el más fornido.

Los ojos claros de su acompañante me inspiraron confianza y pregunté:

—Señor ¿no ha visto Vd. a mi papá?

—¡Tu padre! ¡Qué se yo de tu padre!,—respondió el primero.

Me sentí perdido en la avenida tumultuosa y quise llorar, cuando una mano pesada se apoyó en mi hombro.

—¿Cómo te llamas, amiguito?—me preguntó.

—Niño, señor—respondí entre miedoso y esperanzado. El hombre me miró entre sonriente y extrañado.

—¿Niño, dices?—inquirió.

No conocía otro nombre. Ni Vd. ni esa señora fastuosamente alhajada que turbaba mi sueño con sus fiestas de beneficencia y sus reuniones sociales, jamás me dieron otro nombre. «Vistan al niño, lleven de paseo al niño, retiren al niño, cuiden que no salga de sus departamentos el niño». Y todas las órdenes a los siervos eran así. Y ellos, como tales: «Sírvase, niño. ¿Qué desea, mi niño?»

Perdido en la calle, ante un hombre que, imagen de la bondad, me decía amiguito, sin inclinarse, sin adularme, me tomé de su mano y entre él y el primer hombre, guiados por mis vagas indicaciones, me llevaron frente a un palacio, profusamente iluminado, que yo dije era mi casa. Mis guías retrocedieron entonces como si una potente descarga eléctrica les hubiera golpeado. El mayor levantó el brazo, que dejó caer luego en un gesto violento, murmurando: «¡El hijo de ese miserable!» El más joven me acompañó hasta la verja de entrada, tocó el timbre, acarició mis rizos y al mismo tiempo que depositaba un beso en mi frente, dijo como para sí: «Ellos son inocentes». Y desapareció.

Nadie sabía de mi extravío. Vd. señor, ningún interés tenía por saber si su hijo había quedado abandonado en la calle o si lloraba por todos, olvidado en su habitación, llena de juguetes como también de desamor, así que nadie notó mi desaparición. Encerrado en mis departamentos, sacudí el polvo que la mano de ese hombre bueno había depositado en mi limpio traje de hijo de privilegiados.

Por un explicable fenómeno, aislado de todo cariño, sin más educación que la interesada y religiosa de un maestro a sueldo, dentro de mis escasos años, en la soledad de mi retiro, era un pequeño pensador; y esa noche no pude conciliar el sueño, agitado por la imagen de esa mujer y de esos niños ante los que Vd. no había reparado ni un instante; y perturbado por las palabras de esos obscuros obreros, me revolvía en mi impotencia. «¡Burguesito! ¡El hijo de ese miserable! ¡Ellos son inocentes!» No podía apartar mi pensamiento

# CONTRA LA GUERRA

## La fiebre de armamentos

Los gobiernos para engañarse unos a otros o para engañar al pueblo, inventan unas conversaciones llamadas «conferencias» y mandan a sus respectivos delegados a pasear, discutir y banquetearse mutuamente en cualquier capital del mundo, pero terminada la conversación, agotada la serie de discursos, de banquetes, de elogios recíprocos, vuelven a sus respectivos países sin haber resuelto nada de claro, de justo, de positivo; por el contrario, parece que todo queda más confuso, intrincado y nebuloso. Sino, veamos.

Hace pocos meses atrás reuniéronse en Santiago de Chile entre otros, los representantes de los gobiernos brasileño, argentino y chileno, para estudiar la posibilidad de poner un límite al afán de armamentos que arrastra a las naciones a la bancarrota. Durante semanas, conversaron, discutieron iniciativas, presentaron proposiciones, cambiaron impresiones, dirigiéronse los cumplidos más corteses y gentiles y las sonrisas más insinuantes, hicieron gemir los hilos telegráficos con la trasmisión de sus conceptos y las rotativas con la impresión de sus todos sus decires, gestos y reticencias, hasta que finalmente despidiéronse y regresaron a sus lares, nostálgicos de la patria y la familia.

Lo que dieron esas conversaciones, lo que valieron ellas, los resultados que obtuviéronse puédense ver por estos telegramas transcriptos de «El Estado de San Pablo» de 2 y 3 de Noviembre:

«**La compra de armamentos para el ejército.**—Buenos Aires, 1. (A. P.)—El señor Marcelo Alvear, presidente de la república, promulgó hoy la ley, aprobada por el Congreso, autorizando al gobierno a emplear hasta la cantidad de cien millones de pesos oro, en la compra de armamentos para el ejército».

«Lima, 2 (A)—**Los armamentos. El Perú sigue el ejemplo de la Argentina**—Fué presentado a la Cámara de Diputados, un proyecto creando un impuesto denominado «Defensa de la Patria», destinado a la adquisición de armamentos. El proyecto autoriza al poder ejecutivo a contratar un empréstito externo de diez millones de esterlinas, cuyo producto será aplicado en la compra de naves para la escuadra y de material bélico.»

Los hechos son hechos y las palabras llèvalas el viento, entran por un oído y salen por el otro.

¿Qué se adelanta gastando ríos de dinero en conferencias y otras reuniones, si las diversas partes no están animadas del deseo sincero del desarme, no tienen el propósito terminante de dar el ejemplo de acabar con la guerra y de aplicar todas las actividades en provecho de las industrias pacíficas?

Las naciones, mejor dicho, sus representantes, parten del principio de que el vecino no tiene buena fe, y terminada la conferencia de desarme, comienzan a armarse cada vez más, sacrificando la economía de las clases más pobres, que son quienes lo pagan todo.

Es así que la Argentina, pasados pocos meses de dicha conferencia, para dar, naturalmente, prueba de sus intenciones pacíficas, de sus sentimientos de blandura y mansedumbre, acaba de votar un crédito de ¡cien millones de pesos oro para la adquisición de armamentos! El Perú emplea diez millones de esterlinas. Y el Brasil, para no quedar atrás, responderá con la misma moneda, y Chile, ciertamente, no dejará de hacer otro tanto.

Uno ármase porque el otro se arma, y en este trote tras los pertrechos de guerra ¿a dónde iremos a parar? ¡A la guerra misma, a la guerra inevitable, trágica, asesina!

Un abismo llama a otro abismo. Y si los proletarios, los trabajadores argentinos, chilenos y brasileños no abren los ojos, no hacen de atalayas, la guerra estallará en cualquier hora, cuando menos se espere, arrastrando en sus desgracias a los pueblos de América del Sud.

Ellos dicen siempre que no hay motivo para tal cosa, que los pueblos son pacíficos, lo cual es cierto; pero el militarismo es por esencia belicoso.

Y además, he aquí un contrasentido. Armarse hasta los dientes, acumular y almacenar municiones y más municiones, pertrechos y más pertrechos de guerra, ejercitar millares y más millares de hombres, ¿es todo ésto para nada, a pura pérdida? Crear, desarrollar, adiestrar, ejercitar un órgano para tenerlo perennemente sin función, ¿es ésto concebible?

Convenzámonos: sólo los trabajadores organizados podrán impedir la guerra.

De «A PLEBE», San Pablo (Brasil) Nº 222.

## Oid, mortales

Trabajadores de cada país de América:

Vuestra paz de productores, ya de por sí bastante calamitosa, está en vísperas de ser sacrificada estérilmente. Vuestros gobiernos se preparan a haceros regar con sangre, las infinitas tierras sin cultivo de éste continente. La Argentina y Perú votan millones para la compra de armas, en vez de comprar arados, herramientas y máquinas agrícolas para entregarlos a los trabajadores. El Brasil y Ecuador también se aprestan para la infame y trágica matanza. Lo mismo hace Bolivia. Tampoco Chile pierde tiempo ante esto. Y el Paraguay y el Uruguay no dejan de echar sus cálculos, pensando hacia qué lado habrán de recostarse cuando suene la fatídica hora del desastre.

Será mañana el crimen; será dentro de un año, de cinco acaso, quizá de diez, pero será nomás, si no os decidís a hacerles ver a cada uno de vuestros gobernantes y gobiernos, que no os halláis dispuestos a entregar vuestras vidas o las de vuestros hijos, en homenaje a ninguna patria.

Trabajadores sudamericanos:

Acordaos de lo que aconteció allá en Europa: sangre y ruinas, primero; luto y llanto, después. ¿Y total, para qué? Para que muchos bandidos se enriquecieran con ese gran negocio de la muerte, y para que los inválidos recorran las ciudades y los campos viviendo de limosna, o se suiciden en cualquier rincón, asqueados de vergüenza y de miseria, cuando no recibiendo palo y plomo cada vez que realizan algún mitin exigiendo que se les paguen las pensiones que se les prometieron, para arrastrarlos más fácilmente a la carnicería.

¿Dejaréis que suceda lo mismo, aquí en América? ¿Permitiréis que vuestros gobernantes se preparen ante vosotros mismos, a sacrificaros como a bestias, sin advertirles que conocéis el juego y que no estais dispuestos a seguirlo?

¡Cómo! Vosotros, cada trabajador de cada uno de los países que se aprestan a precipitaros a la matanza; vosotros, que nada tenéis en vuestras respectivas patrias, que sois en cada una de ellas nada más que unos parias; que sufrís los rigores de las horas sin pan, las angustias de los días sin trabajo, las humillaciones a que os someten vuestros explotadores, los atropellos de las policías, el desprecio de las clases directoras; vosotros que ni siquiera poseéis la habitación en que dormís y para quienes vuestras patrias no son sino que pérfidas madrastras, ¿os callaréis ante la actitud de vuestros gobernantes y gobiernos? ¿os resignaréis a matar y morir, sin haber hecho nada por evitar la matanza, sin haber intentado morder las manos y hasta el corazón de vuestros carniceros?

¡No! ¡No! Levantaos ya mismo en señal de protesta contra esos preparativos de matarife que va a degollar un cerdo. Concertad una acción común, intercontinental, contra esa barbarie con que se nos amenaza. Proyectad, decid algo sobre este asunto. Poneos en relación por intermedio de nuestros periódicos, para hacer algo que exprese que estáis alertas. No perdáis asambleas ni reuniones para manifestar vuestro repudio al crimen que se avecina. Fijad un día, por ejemplo, para la realización de un acto público a través del continente, y gritad ese día en todas las ciudades, los pueblos, las aldeas y los campos de América del Sud, estas palabras de inteligencia y rebelión: ¡Abajo la guerra!

Trabajadores:

Sólo vosotros podéis evitar vuestra masacre o la de vuestros hijos. Disponeos pues a ello. Mas si con todo, la hora trágica llega, no acudáis al llamado de movilización y esperad en vuestras casas, prestos a vender caras vuestras vidas; porque es preferible matar a los que quisieran hacer de nosotros unos criminales sin interés ni objeto, y es preferible morir defendiendo la propia libertad, que prestarse a ser los asesinos de gentes que jamás vimos, que jamás nos ofendieron y que serán sin duda alguna, unos pobres infelices como nosotros, que nada poseemos en «nuestra» patria, que nada, por lo mismo, tenemos que defender ni que reivindicar.

## ¡Abajo la guerra!

Las palabras que encabezan estas líneas deben salir de lo más profundo del corazón humano, como rebeldía y odio repercutiendo en el espacio.

La guerra; desde tiempo inmemorial representó el retroceso y la devastación de los pueblos incitados por banqueros, industriales y gobernantes en beneficio de la camarilla de criminales que ofician de *patriotas* en todos los tiempos. La guerra europea es un ejemplo más para la humanidad; los únicos que salieron triunfantes sobre montones de cadáveres, fueron los que estaban situados más arriba recibiendo galones y sueldos del pueblo, los profesionales del crímen, los Militares. Los millones de libras esterlinas empleados por los gobernantes en armas y acorazados, bastarían para aplacar el hambre, dar luz a los cerebros adormecidos y, si se me permite, más armonizarían los hombres sin que existieran las guerras de conquista. ¡Abajo la guerra! digo yo. Es la palabra que debe sonar en todos los oídos, pronunciadas por los labios de todos los buenos, humanitarios, denunciando la infamia a fraguarse contra los pueblos por los bandidos de felpa y levita que no cansados de explotarlos en fábricas, talleres y yerbales, ya anuncian el derramamiento de sangre, diciendo: «nuestra patria está en peligro», a lo que los imbéciles contestan: «abajo nuestros enemigos» y avanzan llevando en alto la insignia de la mentira, matándose los explotados y tiranizados por sus mismos gobiernos. Mientras, los trabajadores de un país y otro país se traspasan el corazón con las bayonetas y a cañonazos, defendiendo a los señores que nunca trabajaron, sino que mataron y explotaron a los inocentes; divisando desde muy lejos el triunfo o la pérdida de sus combatientes. Esto es el patriotismo de que a diario nos hablan; pero el día en que los pueblos se den cuenta de sus infamias, exigiremos que vayan ellos a la guerra; entonces la guerra ya no será posible porque no querrán peligrar sus pellejos.

En medio del grito de «¡abajo la guerra!», antes que sea tarde, el proletariado paraguayo organizado debe de llamar la atención del proletariado Argentino, Chileno, Uruguayo, Peruano, Brasileño y con especialidad del proletariado Boliviano, para que no permitan complots de diplomáticos y capitalistas contra estos pueblos hermanos que lo mismo sufren la tiranía social bajo cualquier bandera.

Invito a los compañeros del *Ateneo Renovación* a ocuparse seriamente de este asunto, por que así lo creo de urgencia

Trabajadores: El mundo es nuestra única patria. Unámonos para romper con las fronteras artificiales que nos dividen y cumpliremos en parte con la civilización.

IGNACIO DE L. NUÑEZ

DE «RENOVACIÓN», Asunción (Paraguay) No. 25.

de esos términos para mi desconocidos. ¿Por qué era yo un burguesito, hijo de un miserable,—palabras que si no conocía me resultaban despectivas por los gestos? «¡Inocente!» ¿De qué era yo inocente? ¡Yo que no molestaba a nadie, que no perturbé la solemnidad de la casa con un solo grito destemplado, que ni un solo disgusto dí a quienes me enseñaban a venerar a mis padres, que las más de las tardes lloraba languideciendo en mi lecho dorado, que era una nada en el mundo cuyos misterios me eran cada día más insondables, más abrumadores! Una noche en que la fiebre que corroía mi organismo me adormeció, la figura de aquél desconocido apareció en mis sueños, besándome en la frente y apartándose presuroso del palacio que volcaba con sus gentes y sus cosas hondo rencor en mi corazón infantil.

Pero un día, ¡recuerdo terrible y feliz! el misterio se me develó definitivamente. Paseando por los corredores llegué hasta su despacho, de donde partían voces agrias y apresuradas. La natural curiosidad del niño, obligóme a mirar por la puerta entreabierta. Un señor de porte militar, agitado decía en voz chillona que lastimaba mis oídos: «El cortejo pasará frente a vuestro palacio, señor; la escoria de la sociedad, los despreciables obreros, los enemigos de nuestra patria, de nuestra religión, de nuestra tradición, de nuestros intereses, han abandonado sus diarias labores y de aquí a poco rato, en multitud salvaje, las voces de esos miserables que van a dar sepultura a los criminales que vuestros valientes defensores han eliminado para bien de la sociedad, se harán oir. ¡Decidíos!»

¡Oh! cuán claramente recuerdo cuando erguido, dilatadas las venas, furioso, os alzasteis diciendo.—«¡Señores, ni una vacilación! Pague el pueblo imbécil su desobediencia. ¡Jefe de los «camelots du roi»,—añadisteis dirigiéndoos a quien hablara antes y señalando la galería de monarcas, militares y clérigos que pendían inmóviles de los tapices;—«por la memoria de nuestros antepasados, por ese grande hombre que fué Thiers, salvad la patria ofendida! El gobierno y la policía esperan nuestras órdenes. No reparéis en nada».

Presentí la tragedia, ausculté desde mi ventana la ancha avenida y fuí testigo, señor, de vuestra obra. Hombres, mujeres y niños, en compacta multitud, bajas las cabezas, caminaban lentamente tras de cuatro féretros; al frente de esa multitud marchaba aquél hombre bueno que tiempo atrás agitara así mis pensamientos. De repente unas voces, un tiro, una descarga y el drama horrendo. ¡Vuestro triunfo, señor! Mudo de pánico, no se con qué fuerzas, corrí a la calle ensangrentada y desierta. Busqué aquellos ojos claros y bondadosos, besé su frente, su carne muerta con mi carne viva y lloré por primera vez en mi vida, por cariño. Llegaba gente. Vi un periódico en las manos del muerto, lo recogí y corrí a mi pieza, donde lloré mucho, mucho. «¡Burguesito! ¡Hijo de ese miserable! ¡Ellos son inocentes!» Comprendí, con mis pocos años de púber, todo el drama que se desarrollaba a mi lado. «Le Libertaire», recogido sobre el cadáver, aclaró mis ideas, me explicó y descubrió lo que ansioso buscaba sin saberlo, siempre.

⁂

Sabed ahora, Sr. Daudet, por qué aquél que nació de las entrañas del más grande reaccionario de Francia, se hizo anarquista, pensó atentar contra su padre por la carne, trató de eliminar al jefe de los «camelots du roi» y enfermo, física y moralmente, por la herencia degenerada que le legaran, quiso, antes de terminar a los quince años, con una vida desgraciada, dar un abrazo fraterno a sus compañeros de «Le Libertaire», queriendo así estrecharse en afectuoso abrazo con todos los anarquistas de la tierra.

Víctima de Vds. y de todos los malvados del mundo, os maldice,

*Felipe*».

Por la copia.

José M. Lunazzi.

# Carta de Pedro Kropotkin a los cooperadores de Dmitroff (1)

Noviembre 14 de 1920.

Amigos y compañeros:

...Conozco las condiciones difíciles en las que se encuentra ahora la cooperación. Pero sé también lo que supo crear durante estos últimos cinco años; cuánto trabajo individual, amor a la obra y comprensión de los problemas de construcción social fué puesto para despertar en los campesinos, arruinados por los funcionarios zaristas, el espíritu nuevo, el espíritu de comunidad libre.

Conociendo todo ésto, estoy profundamente convencido de que la cooperación rusa está aun lejos de haber agotado sus fuerzas. Y yo creo que de las pruebas actuales saldrá la cooperación, una parte aun más indispensable de la nueva comunidad que germina ahora por toda Europa.

En cuanto conozco vuestra obra, no puede su pensamiento fundamental quedar sofocado.

Habéis tratado de crear uniones de tal especie, que conduzcan necesariamente a los hombres a que comprendan que llegó el momento en que se hace necesario socializar la vida económica, pero no a fuerza de garrote, desde que la sociedad creada por la violencia, no puede mantenerse, sino únicamente mediante el acuerdo libre.

Y lo hecho por vosotros en éste sentido no desaparecerá, no puede desaparecer sin dejar rastro. Agrupando a 30.000 consumidores-cooperadores, habéis unido no únicamente a 30.000 simples compradores, sino que a cientos de hombres que comprenden que en la vida hay algo más elevado que el simple bienestar personal. Y es por eso que estoy convencido de que la cooperación saldrá de las condiciones actuales haciéndose una fuerza social aun más grande de lo que es ahora.

Cuando conversaba con vosotros la vez pasada, decía que la misma vida exige de vosotros la organización de la cooperación de producción y vosotros, realmente, intentabais organizar algo en éste sentido. Ahora es la misma vida la que os plantea un nuevo y más importante problema.

El inglés Roberto Owen, cuando fundó en el 30, del siglo diez y nueve, la primera cooperativa, tuvo el pensamiento de que fundaba la célula para la reconstrucción de la vida social sobre bases nuevas. Y es ahora la vida misma, que os exige que os convirtáis en la fuerza activa de la gran reconstrucción de la producción y del consumo, la que llama insistentemente a las puertas de Europa y América.

La guerra, horrible por sus proporciones y consecuencias, hizo inevitable, y notadlo, impostergable, ésta reconstrucción de la sociedad sobre nuevos principios más justos, principios socialistas.

En realidad, preguntaos vosotros mismos: ¿cuál ha sido la causa principal de la última guerra? Y veréis que consistió en que todos los países de Europa tan pronto desarrollábase entre ellos la industria manufacturera, elaboradora, tendían, cada uno, a someter la mayor cantidad posible de pueblos atrasados industrialmente. Les vendían a altos precios todo el peor material que producían las fábricas, y a precios baratos comprábanles la materia prima. Y se hacía lo posible para someter no solamente a los pueblos en Asia y Africa, sino también en Europa: Italia, Turquía y también Rusia. De ésta manera ganó Inglaterra, fuera de Europa, enormes riquezas; de éste mismo modo querían ahora enriquecerse otros países en vez de buscar de desarrollar el bienestar general dentro de sus propias fronteras.

Como resultado de ésto, estalló la guerra, horrible por sus proporciones, crueles métodos y consecuencias. Y ésta guerra hizo impostergable la reconstrucción de las sociedades civilizadas sobre nuevos principios socialistas. De lo contrario, será imposible evitar guerras aun más horribles, si no es acabando con la explotación de unas clases y unos pueblos por otros.

La última guerra no hizo más que confirmar lo que preveían los socialistas del año 40, y lo que tan claramente expuso Herzen después del aniquilamiento de la revolución de 1848: «¡Ah! ¿vosotros no habéis querido el socialismo?—escribía él.—¡Pues tendréis guerra por siete, por treinta años!» Y efectivamente, mientras la riqueza de unos países se funde en la explotación de otros, serán inevitables las guerras.

La propaganda moral contra la guerra no podrá oponerse a que nuevas guerras arruinen a la humanidad, mientras como base de nuestras sociedades persista un principio tan inmoral como el enriquecimiento por el trabajo ajeno. Más aun: a medida del desarrollo de la técnica, las guerras se volverán cada vez más destructivas, cada vez más crueles.

Como consecuencia de lo que ha pasado en Europa durante los últimos seis años, estáis ahora, los países de este continente, en un cruce de caminos. Están constreñidos a iniciar la reconstrucción de la vida social, de modo que una clase no pueda más lucrar a costa del trabajo de otras clases, de otros países; o, de lo contrario, prepararse para nuevas guerras y criar sus hijos para nuevas matanzas.

Es por eso que las clases trabajadoras insisten en toda Europa en que se inicie impostergablemente la preparación de la trasmisión del régimen actual al nuevo régimen socialista, así como en su tiempo sentíase la necesidad de pasar de la servidumbre y la esclavitud al trabajo más libre y a la anulación del absolutismo. En todas partes se siente que llegó el momento en que la producción de lo que se necesita para la vida en abundancia para todos, y el consumo de lo que produce el país, debe convertirse en asunto colectivo, y no quedar en asunto personal, como es hasta ahora.

¿Pueden los cooperativistas quedar inactivos en una reconstrucción tan honda? ¡Indudablemente, no! Y aquí tenemos un ejemplo en la vida real.

En estos días me llegó de Francia una obra muy instructiva. La unión general de los sindicatos franceses, conocida con el nombre de «Confederación General del Trabajo», se avocó a la resolución del problema: ¿de qué modo, sobre qué bases debe pasar toda la producción y el consumo, de manos de capitalistas privados a manos del pueblo mismo? Pero no en forma de alguna utopía, como se ha escrito por personas aisladas, desde los sabios de la Grecia antigua hasta nuestros tiempos—y en lo que he pecado yo también—sino en forma de plan general, elaborado por los mismos que participan directamente en la producción, o sea, por obreros, cooperadores, empleados y técnicos. Para esto resolvió la «Confederación General del Trabajo» francesa, crear el «Consejo Económico del Trabajo». Pero, aleccionados ya por la práctica de las revoluciones pasadas, y no teniendo más fe ni en personas, ni en partidos «salvadores», los obreros franceses invitaron a colaborar con ellos en el Consejo Económico del Trabajo, a la Confederación Nacional de los Cooperadores, la Confederación Nacional de Empleados y la Unión Sindical de Técnicos en la industria, comercio y agricultura.

El Consejo conpuesto de estos cuatro elementos, reunióse por primera vez en Enero de este año iniciando inmediatamente sus trabajos, e invitó a participar en ellos a voluntarios, entre personas idóneas en sus materias; y en resultado, elaboró ya el Consejo del Trabajo un proyecto de nacionalización de todas las minas, como elemento principal de todas las industrias. Cuando éste proyecto haya sido discutido por los sindicatos de oficio, los cooperadores, empleados y técnicos, y ahondado por ellos, el gobierno burgués ya no podrá oponerles su veto, o poner su resolución propia a esta primera parte del problema.

Aun no sabemos, ciertamente, lo que resultará de éste nuevo paso de los obreros franceses, y yo todavía no he tenido tiempo de leer el proyecto del Consejo Económico del Trabajo, ni he podido formar juicio al respecto. Pero para nosotros hoy día, es especialmente importante hacer notar la aparición de la cooperación en una forma nueva para ella, como hace 90 años atrás lo preveía Roberto Owen.

El gobierno ruso actual, desgraciadamente, ateniéndose al comunismo centralizado del Estado, en sus planes de reconstrucción de la sociedad, convierte las organizaciones cooperativas en órganos de centralización estatal de producción y consumo. Pero en la Europa Occidental y especialmente en los países latinos, donde está muy desarrollado, por razones históricas, el espíritu de independencia colectiva local, consideran la cooperación como una de las fuerzas sociales que deberá colaborar en la reconstrucción socialista de la sociedad. Y no creo equivocarme, prediciendo que los cooperadores rusos no quedarán, en este sentido, a lo zaga de sus hermanos de Occidente.

Todavía durante mi permanencia en el extranjero, y aun más a mi llegada aquí, me ha sorprendido la cantidad de trabajo cultural realizado por los cooperadores rusos, a pesar de todos los obstáculos puestos por el gobierno zarista, temeroso, como todos los gobiernos despóticos, del «Estado dentro del Estado». Ya entonces palpitábase que la cooperación es una fuerza a la que momentáneamente se puede debilitar, pero que es imposible matar.

Tanto menos posible será hacerlo ahora, si nuestros cooperadores, convencidos de la impostergabilidad de la reconstrucción de la sociedad sobre principios nuevos, y viendo el papel importante que la cooperación desempeña en el Occidente, se plantean problemas más amplios en éste sentido.

El siglo veinte será inevitablemente el siglo de la profunda reconstrucción, de la sociedad; y aquellas organizaciones sociales que interpreten el problema del siglo y se guíen por él en su actividad—cualesquiera que sean los obstáculos que surjan en su camino,—serán una fuerza potente y real.

Del periódico ruso «Golos Truda», núm. 171.

(1) Nombre del pueblo donde vivió sus últimos años y murió Kropotkin.

# Aplastando a un anarcoide

## Carta abierta

Estimado compañero:

J. Villar de Barrio.

Salud.

No habiendo recibido «Aurora» desde que fuí expulsado de ese país por ser anarquista activo en la lucha, no había leído su núm. 19, de Septiembre 1º, anterior, hasta que un compañero me lo mostró llamándome la atención sobre el artículo «Los Bolcheviquis se anarquizan y los Anarquistas se abolchevizan», firmado con el pseudónimo F. Rios, de Tampico, y sugiriéndome que conteste al dicho Rios.

Conozco a Rios por referencias de Veracruz, México y Tampico; y el cuarto de siglo que llevo en la lucha me ha enseñado a no perder tiempo ni energías queriendo apartar de su pretendido error a los que a sabiendas mienten y calumnian, como Rios.

Pero si nada me preocupa la opinión de Rios, sí me duele que un viejo y serio camarada como tú, relacionado conmigo de tanto tiempo atrás y que debiera conocer, siquiera medianamente, mi honradez y firmeza en la lucha, se deje sorprender y publique un artículo en el que se pretende manchar mi reputación de luchador y de anarquista; pues considero justo que antes de publicarlo me hubieses dado la oportunidad de probarte que se miente en mi contra y se me calumnia, para así, cuando menos, ahorrarte la pena de tener que publicar después una rectificación. Pues si bien es cierto que poco me preocupan Rios y su opinión acerca de mi persona y de mis actos sociales, sí me importa el mal efecto y el desconcierto que sus calumnias y mentiras puedan hacer en nuestras filas al publicarse en un periódico serio como «Aurora».

De ahí viene que ahora, considerándome justificado para hacerlo, te pida que publiques esta carta en la cual me defiendo, ya que publicaste el escrito en el que Rios me ataca y me calumnia.

———

El ataque de Rios, despojado de sus alardeos anarcoides, hipócritas alabanzas que me endilga e insinuaciones jesuíticas, se concreta a acusarme de que he claudicado de mis principios, que me propongo establecer en México el «Frente Unico» y que hice pacto con un líder bolchevique en Veracruz. Para sostener sus calumnias se basa en la mentira de que el Grupo «Antorcha Libertaria», de Veracruz, informó de ese pacto al Grupo «El Meteoro», de Tampico, y en que fuí director de «Guillotina», órgano oficial del Sindicato Revolucionario de Inquilinos de Veracruz y substituto de «El Frente Unico», que fué hoja bolchevique.

Adjunto copia de un artículo, (que, por justicia, espero publicarás también en «Aurora»), del compañero J. Fernández Oca, Secretario en funciones del Grupo «Antorcha Libertaria», en el que se ve que es mentira que dicho grupo veracruzano haya informado al Grupo «El Meteoro», de Tampico, acerca de pacto alguno. Ese solo documento del compañero Oca basta para aplastar a Rios y exhibirlo como un fraudero, un mentiroso y un calumniador.

Pero si eso no basta, queda en su contra la misma arma que Rios pre-

tende esgrimir sobre de mí: «Guillotina», del que fuí director temporal mientras que mi compañera de vida y de lucha, Teresa, y yo, estuvimos en Veracruz, en nuestra reciente jira de propaganda por los Estados de Tlaxcala, Puebla, Veracruz y Yucatán.

Te envío, certificado, un paquete de los números 16, 29, 31, 33 y 40 de «Guillotina», del 21 de Julio y 3, 5, 7 y 15 de Agosto, pasados, respectivamente; y te llamo la atención sobre mis artículos siguientes, calzados con mi firma:

Del núm. 16, «¡Utopías! ¡Locuras! ¡Sueños! Es el grito eterno de los retardatarios, de los reaccionarios y de los cobardes», en el que defiendo la factibilidad del Comunismo Anárquico, cerrándolo así: «...tras el ruidoso fracaso del Marxismo, o sea del socialismo estatal o parlamentario, en la Rusia Bolchevique, toca ahora al Anarquismo ser el orientador y la finalidad que persiguen las clases laborantes...» «... con la experiencia rusa, han quedado convencidos los trabajadores de que todo Estado o Gobierno, vista éste el negro frac burgués o la blusa roja socialista, es tiranía e imposición, engendradoras de esclavitud y explotación. De ahí que hacia la implantación del Comunismo Libertario, o sea el Comunismo Anarquista, dirigen sus esfuerzos las avanzadas militantes de los trabajadores».

De los números 29, 31 y 33, la serie «Revelaciones de un comunista. Fracaso del Socialismo de Estado, preconizado por Karl Marx y ensayado en grande escala en Rusia por los Bolcheviques», del compañero William C. Owen y traducido por mí del inglés, «...por considerarlo sumamente útil para desvanecer el confusionismo creado en el campo ideológico por los llamados Comunistas», según digo en la introducción que firmo; y en cuyo documento un comunista mismo descubre que en la Rusia Bolchevique pueden verse más altamente desarrolladas todas las características del régimen capitalista y que la llamaba Nueva Política Económica bolcheviqui consiste en el reestablecimiento del sistema capitalista en Rusia.

Y, por último, del núm. 40, el titulado «Al margen de las revelaciones de un comunista», en el que analizo la mal llamada Dictadura del Proletariado y sus efectos, haciendo ver que en realidad es ejercida por un solo hombre, (Lenin en Rusia, por ejemplo), terminando así: «...probada ya la imposibilidad de conquistar nuestra emancipación por medio del socialismo marxista, destruyamos todo Estado e implantemos la Anarquía».

Basándome en lo que he citado de mis artículos, escritos especialmente para «Guillotina», por no citar todos los que he publicado en ese periódico, debo preguntar: ¿Habla así un comunero, o un anarquista claudicante que ha hecho pactos con los bolcheviques, o uno que quiere implantar esa odiosa ensalada de politiqueros y radicales llamada Frente Unico?

A pesar de que yo no podía atender constantemente a la redacción del periódico, puesto que con frecuencia la propaganda nos llamaba al incansable y buen compañero Oca, a Teresa y a mí a los campos y a otros lugares, siempre tuve cuidado de que todo el material publicado en «Guillotina» fuese ajustado al criterio comunista anarquista; cosa que al principio me fué algo difícil, a causa del resabio comunero que encontré entre los inquilinos; pero que al fin logré llevar a cabo en la primera quincena de estar al frente de «Guillotina», salvo uno que otro pequeño desliz durante mis ausencias.

Por lo mismo, en vez de reprochárseme que haya estado al frente del periódico que substituyó a un órgano bolchevique, debiera de apreciarse que hice de aquella hoja una de propaganda libertaria; y que como tal la sostuve mientras permanecí a su frente.

El anarquista no debe encerrarse en su iglesita a predicarle solamente a sus feligreses; debe introducirse donde pueda, para exponer sus ideas ante aquellos que no las conocen, aunque con ello se exponga a que le quiebren un hueso o a que brinque en su contra algún celoso anarcoide, falseando hechos, mintiendo a sabiendas y calumniando.

ENRIQUE FLORES MAGÓN.

Apartado. 2047, México, D. F. Oct. 5 1923.

**Nota a ésta carta.**—El camarada Enrique Flores Magón me ha enviado esta carta para darla a publicidad en las columnas de «Nuestra Tribuna», pero como «Nuestra Tribuna» ha dejado de aparecer momentáneamente, es para mi un deber darla en las columnas del quincenario «Ideas», por creerla de interés para los compañeros de la Argentina.

Recordarán todos los que siguen de cerca el confusionismo obrero internacional, que el decenario «El Libertario» de Bs. Aires, órgano de la «Ala», de los genuinos representantes del «anarquismo nuevo», publicó unos párrafos de un artículo de Enrique Flores Magón, haciendo ver que dicho compañero participa y está de acuerdo con sus abstracciones unionistas.

Nada mejor entonces que publicar esta carta que desmiente categóricamente lo publicado y afirmado por los representantes del «anarquismo nuevo». Los que hayan leído los párrafos transcriptos por «El Libertario», de un artículo que Magón publicó en una revista de México y lean ésta, podrán apreciar los conceptos del citado camarada al respecto.

No conozco personalmente a Enrique Flores Magón, pero a través de los periódicos de ideas, de México, en los cuales colabora este compañero, puedo afirmar que Magón es ferviente partidario de la unidad obrera y la bella armonía anarquista, pero basadas éstas en principios, vale decir, basadas en la *calidad* y no en el *número*.

Magón propicia la unidad del proletariado mexicano, es cierto, pero no una unidad de trampa y escarnio, como la unidad abstracta, típica, clásica de nuestros *rabiosos unionistas*, quienes no tienen empacho en mezclar las concepciones de este compañero con sus cabriolas y volteretas.

Los que están empeñados en cubrir de lodo al sano movimiento obrero internacional, se han dado también a la tarea de confundir en ese estiércol la persona de destacados militantes. En estos momentos le ha tocado a Enrique Flores Magón, a quien quieren confundir con los dictadores y unionistas amorfos.

JUANA ROUCO.

Necochea.



## Alrededor de la violencia

Sembradores de un ideal, nosotros anarquistas, debemos comenzar por hacerlo ingeniosamente; y cada vez más ingeniosamente, a ser posible.

Como de toda otra cosa, también de las semillas arrojadas con torpeza, a la marchanta, se malogran muchas. Y estas energías del hombre, así tan mal perdidas, pueden emplearse en mejores empresas.

Los sembradores que aman las cosechas óptimas, entusiastas y apasionados, (sólo apasionados y entusiastas), suelen ser los que más pronto desfallecen frente a las malas cosechas. Los sembradores que aman de verdad la tierra, las semillas, serenos y fervorosos, nunca siembran en las piedras ni en los pantanos y tienen buenas cosechas.

Además, el sembrador muchas veces suele encontrarse con escuerzos, con víboras. etc, y para matarles o ahuyentarles, tiene que dejar de sembrar...

¡Oh, sembradores del ideal anárquico! Cuando dejáis la semilla y todo anterior propósito para enarbolar el hacha contra los obstáculos del camino, se nos antoja que os hacéis más grandes, más sembradores.

Y así es cual se va adelante: con hachas y con semillas. Y a veces con hachas, nada más que con hachas.

Wilckens. Sí. ¡Wilckens!...

⁂

El gesto de Spies, cara a las horcas de Chicago, en su salutación a la anarquía, fué bello y fué triste. No podía ser de otro modo, tampoco. Cuando de esa turba imbécil de espectadores pasivos, no salen los suficientes hombres como para romper con las horcas y acabar con los verdugos, los hombres que piensan y obran libremente, pese a las normas y los goznes de los rutinarios, han de morir así, valientemente, con la conciencia pura como una mañana de sol. Y estos hechos, en sí, sólo son una prueba más que nos demuestra que a la violencia organizada y sistemática de los de arriba, únicamente puede destruirla una violencia mayor de los de abajo.

Bruto, Angiolillo, Wilckens, como Sócrates, Cristo, Galileo, Spies, etc., vivirán siempre, a través de los tiempos, porque fueron hombres que reconcentraron todo el espíritu tumultuoso de una época, en la lucha libertaria, ya sobre la violencia o por la violencia, ya mártires o justicieros. Estos últimos, más mártires quizás.

No somos apologistas de la violencia, sin embargo. De evitar todo el horrible flagelo que martiriza la espalda de ésta humanidad dolorida por tanta miseria y tanta autoridad, con la paz, el amor y la mansedumbre, lo haríamos de buena gana. Nos resultaría hasta más cómodo, tal vez...

Pero la violencia es algo que se impone en la lucha social, a cada momento. Y no podemos permanecer indiferentes a la lucha.

Tampoco somos capaces de matar a nadie porque sí, por *darle gusto al dedo*, nomás. A un animal cualquiera, a un pájaro, a un insecto, nos causará dolor lastimarle porque sí; cuanto más, entonces, a un sér humano, a un semejante nuestro. Entendemos sólo que, contra burgueses, carneros y cosacos, no hay persuasión posible. Y esto es lógico. Hay que golpear al que nos golpea, hay que eliminar al que pretende eliminarnos.

¡Sí, sí! No somos apologistas de la violencia, ni menos la consideramos como una panacea para todo... Queremos defendernos cuando las circunstancias lo exijan. Y nada más que eso: ¡defendernos! ¡apartar los obstáculos que obstruyan nuestro paso! ¡Sér!...

Y para ello, sin duda que debiéramos ir prevenidos. Muchos, pero muchos escuerzos y muchas víboras, sabemos que hay por la tierra a sembrar. En una bolsita abierta, llevemos las semillas, y colgado al cinto, el hacha.

¡Oh! Unicamente un idiota, un desequilibrado o un mercenario del machete, podría usar de la violencia por *darle gusto al dedo*.

Los anarquistas, nó.

⁂

Entre los lugares que para sembrar tenemos, existe un sitio hermoso: los sindicatos.

Son las huelgas, gimnasias revolucionarias de un valor inestimable para el proletariado. Estas gimnasias, que como es muy natural, implican una guerra contra la burguesía, porque de lo contrario no serían lo que son, despiertan en el pueblo anhelos de más grandes mejoras, no ya económicas, sino también morales, haciendo un campo propicio para la siembra. Entonces, como en las huelgas solamente, no estriban nuestros deseos, siendo nosotros sus orientadores, aceptamos las huelgas con más entusiasmo porque así, debido a la organización obrera que traen aparejadas, son un medio de propaganda anarquista.

Luis Fabbri, aclara bien lo que acabamos de decir nosotros, en su obra «Sindicalismo y Anarquismo»: «Anarquistas somos y continuamos siendo como antes, con nnestras vastas y complejas finalidades, con nuestros métodos de lucha individual y colectiva por la revolución, sin exceptuar ninguno. Aceptamos el sindicalismo como un método de batalla y de gimnasia revolucionaria del proletariado, medio conducente a la revolución expropiadora, no un fin. Pero el fin no debe hacernos descuidar uno de los medios más buenos, como el medio no debe hacernos descuidar, por excelente que sea, ni los demás medios asimismo útiles, ni el objetivo final: la anarquía».

Queremos pues los sindicatos por todo ésto, sobre la cuestión económica y, como anarquistas, estamos dispuestos, siempre, a defenderlos, defendiéndonos contra los burgueses, los carneros, los cosacos, los arrivistas y los antiorganizadores.

CARLOS V. C.

Avellaneda.

## Parágrafos

**Cosmos.**—No hay energía que se pierda, como no hay vibración, por sutil que fuere, que no recorra todo el universo. La trepidación de un tren atravesando un túnel, puede contribuir también al esplendor de las margaritas que embellecen los flancos de la montaña.

**Salud.**—Las pasiones no mueren, los entusiasmos no decaen nunca sino en las sangres pobres y cuando el vigor nos abandona. No están, pues, afuera, las fuentes de decepción sino en nuestra indigencia orgánica.

**Fecundidad.**—¡Sembrar hasta en las piedras! Eso es propio de la «virtud dadivosa», que dijera Nietzsche. Y virtuosos de esa clase, sembradores tan espléndidos, son los que se necesitan urgentemente para acabar con el mal. En la tierra siembra cualquiera y más si otro se la prepara y se la ofrece limpia de malezas como para que entre a servirse sin mayor esfuerzo.

**Corolario resobado.**—Hay que abandonar un acto, aunque sea momentáneamente, para llevar a cabo otro, sobre todo si son ambos tan distintos como los que nos indican estos dos verbos: matar, crear. Es tan resabido ésto, que no inútilmente se dice que no es posible repicar y andar en la procesión. Pero no se trata, para los anarquistas por lo menos, de andar matando sino de fundar algo. Ahora bien, si para ésto es necesario previamente aquello, santo y bueno, bueno y santo. No se discute ante los dilemas: se obra o se renuncia.

**Igualdad.**—El sembrador que deja su zurrón y coge un palo cuando se lo aconsejan las circunstancias, no es antes ni después más grande ni más pequeño: es siempre igual a si mismo y está a la misma altura de su propósito. No hay sino una diferencia, que no funda tampoco superioridad; y es ésta: que es más bello en su gesto cuando siembra que cuando destruye, como es más bella la primavera que el invierno y las madres cuando amamantan sus niños que cuando los castigan.

**Lo triste.**—Spies, Wilckens... Saber morir y saber matar... Eso es lo bello y no se aprende ni se propaga: está; está en el sér y está en su hora, propio cuando en las frentes pone la vida su intenso beso de heroicidades y de martirios.

Lo único triste es vivir esclavos.

**Anatema.**—El que discute la verdad revelada, es un hereje. El que discute la ley, es un rebelde. El que discute a los padres, es un mal hijo. El que discute las normas sindicales, es un antiorganizador. Todo lo que gozamos es, sin embargo, fruto de la discusión. El anatema no ha impedido nunca que la luz se haga.

EFE DEI.

## Administrativas

*Nuestras entradas han sido tan pequeñas que no vale la pena darlas esta vez. Irán entonces en el próximo número.*